

DESIGUALDAD Y POBREZA: AVATARES DEL SIGLO XXI

*José Ignacio Martínez Cortés**

Las desigualdades son una condición que mantiene las diferencias en los niveles de bienestar socioeconómico y de oportunidades entre individuos y grupos sociales a lo largo del tiempo y que impiden avanzar hacia una plena justicia social. Las desigualdades se explican, en primer término, por una vertiente nacional que encuentra su complemento en lo internacional y que se refuerza a partir de la dinámica de interdependencias transnacionales. Las desigualdades tienen fuertes implicaciones sobre el desarrollo humano y la sostenibilidad global.

La extrema movilidad que produce la globalización implica una también extrema competencia que reduce drásticamente la capacidad de actuar de los gobiernos en muchos ámbitos. El resultado es una carrera hacia abajo en muchas áreas, desde las condiciones laborales hasta la fiscalidad, incrementándose la desigualdad por la vía de un menor peso en la renta nacional de los asalariados y por las mayores dificultades para hacer sostenible el Estado de bienestar. Ahí nace la desigualdad del siglo XXI.

La radiografía de la desigualdad debe llevarnos a una reflexión urgente sobre el modelo de sociedad que nos deja la crisis. Tan importante como salir de ella es preservar estándares de cohesión social que garanticen el progreso y la igualdad de oportunidades, ya que a largo plazo la desigualdad merma las posibilidades de desarrollo económico de un país. A partir de determinados niveles, la brecha social aparece también como uno de los más serios obstáculos para la propia recuperación económica.

Esta nueva pobreza tiende a debilitar a la democracia y a profundizar la fractura social, y por ello aumenta la desigualdad y afianza a las elites, excluidas

* Profesor del Centro de Relaciones Internacionales, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México y coordinador del Laboratorio de Análisis en Comercio, Economía y Negocios (LACEN); <ignacio.martinez.cortes@gmail.com>.

de este grave problema social impulsado por la caída de la producción mundial, al mismo tiempo que pone en riesgo la gobernabilidad; por ende, tiende a aumentar el déficit democrático, lo que atenta contra las libertades y, en consecuencia, también contra el Estado de derecho. Todo esto es producto del aumento de la desigualdad, de la indiferencia y de la defensa de los privilegios, ya que los desempleados no solamente son excluidos del mercado, sino que también sus derechos sociales están en profundo riesgo, pues no gozan de la seguridad social que les brindaría un empleo, dado que el Estado tiende cada vez más a reducir el gasto en la sociedad, lo cual provoca una fractura a su interior, así como una cada vez mayor inestabilidad donde conviven la extrema riqueza y la extrema pobreza. Entre más se amplíe la brecha entre estas dos últimas, mayores peligros corre la democracia, puesto que las instituciones se debilitarán porque estarán dominadas por la población que concentra el mayor ingreso, con la finalidad de que su principal función sea brindar seguridad a su capital.

Así como la caída de la producción mundial crea una creciente pobreza global, también provocó que se expandiera la fortuna de un reducido grupo de privilegiados usufructuario de ese consumo mundial, por lo que uno de los más importantes resultados de la desigualdad es el fortalecimiento de una elite económica excluida cuyos privilegios aumentaron a costa del bienestar social perdido por los millones de trabajadores ahora desempleados.

La globalización condujo a la mayoría de los países a la apertura de sus mercados para la recepción de capitales foráneos con el ánimo de complementar su ahorro interno, sobre todo una vez que realizaron programas de estabilización y reformas de cambio estructural. Esta inversión, representada por las empresas transnacionales que producen a través de cadenas locales y que realizan ventas globales, provocó que muchos mercados dependieran de la exportación. Por esta razón, un incremento en el comercio internacional se reflejaba inmediatamente en las ganancias de esas empresas, pero no necesariamente en los salarios ni en el nivel de vida de los trabajadores.

La internacionalización de la producción es proporcional a las exportaciones mundiales, que en 1948 ascendían a cincuenta y nueve mil millones de dólares y que para 2012 representaron 17 930 000 000 000 de dólares. En este sentido, las naciones ven en la globalización un factor de creación de riqueza. Ahora bien, en sentido contrario, cuando la producción internacional entra en una fase de recesión, como en 2008, las exportaciones mundiales tienen una

fuerte caída, lo cual provoca una ola fuerte de desempleo, principalmente en aquellos países que apostaron para su crecimiento por las variables exógenas (exportaciones y atracción de inversión extranjera, principalmente).

Esto provocó que, ante la contracción del gasto monetario se redujeran las expectativas de la prosperidad social. Países como España, Portugal, Grecia, Italia, México, Brasil, Argentina, entre otros, tuvieron que aumentar el déficit público para rescatar a las empresas financieras y manufactureras en quiebra a costa del gasto social, además de la escalada de impuestos que se establecieron para cubrir los faltantes en las finanzas públicas.

I. En este contexto, la crisis de 2008 refleja tanto lo endeble de la globalización como el aumento de la desigualdad social a raíz de la caída de la producción mundial. En 2008, las economías de todo el mundo tuvieron una profunda recesión y arrastraron consigo al comercio internacional, que registró la mayor contracción después de la segunda guerra mundial. El colapso afectó principalmente a los países más dependientes del exterior —con Estados Unidos a la cabeza— y la sequía crediticia derivada de la crisis financiera, combinada con un incipiente auge del proteccionismo, redujeron el volumen del comercio mundial en un 9 por ciento en 2009, razón por la cual exportar se convirtió en una actividad aún más difícil, ya que las repercusiones en el crecimiento fueron negativas, por lo que para detener la competencia externa diversos Estados adoptaron medidas proteccionistas para estimular su demanda microeconómica.

Desde septiembre de 2008 se ha observado un notable aumento en todo el mundo de las presiones proteccionistas. Países subdesarrollados e industrializados por igual han instrumentado acciones de este tipo para proteger sus mercados internos. Esto dio como resultado el aumento de las barreras arancelarias y de otras disposiciones no arancelarias, por lo que se ha recurrido a la aplicación de las siguientes medidas de defensa comercial:

1. Aranceles a la importación.
2. Investigaciones y cuotas *antidumping*.
3. Reglas de salvaguarda.
4. Compras públicas.

5. Subsidios gubernamentales a los sectores automotriz, energético y agrícola.
6. Normas y reglamentos técnicos.
7. Normatividad sanitaria y fitosanitaria.

Otra medida implantada para solventar los gastos de la economía que no tuvo los resultados esperados fue que la mayoría de los países recapitalizaron sus bancos; los gobiernos y algunos bancos centrales concedieron importantes préstamos directos y compraron activos no realizables en efectivo a instituciones financieras. El importe medio de esas acciones fue del 5.8 por ciento del producto interno bruto (PIB) en los países desarrollados y del 0.3 por ciento en los que están en vías de desarrollo, mientras que en las economías emergentes el apoyo al sector financiero fue limitado.

Existen dos riesgos que fueron ocasionados por el nuevo proteccionismo surgido a partir de la crisis financiera de 2008 y que ponen en peligro la recuperación económica mundial. El principal consiste en que los gobiernos sigan cediendo terreno ante las presiones proteccionistas, aunque sea gradualmente, mientras que la situación económica mundial continúe deteriorándose. El segundo se refiere a que determinadas medidas adoptadas con carácter temporal para tratar de proteger en estos momentos el empleo y los beneficios empresariales frente a los efectos de la crisis originen un legado de ramas de producción no competitivas, así como excesos de capacidad sectorial que seguirían generando presiones proteccionistas, incluso después de que la actividad económica se hubiese recuperado.

Efectivamente, esto pasaría si todos los miembros de la Organización Mundial del Comercio (OMC) aumentaran los aranceles que aplican actualmente hasta las cuotas máximas previstas hoy en día en el marco del comercio multilateral (OMC, 2011). Hoy más que nunca se requiere de nuevas estrategias que contrarresten las medidas neoproteccionistas y que regulen mediante otros mecanismos la movilidad de los flujos de capital que atentan contra la apreciación de las monedas; con este tipo de políticas, la recuperación económica será rápida y ascendente. La reunión del G20 en Seúl en 2010 sin duda arrojó resultados positivos para sentar las bases de nuevas reglas que regulen el régimen financiero y comercial internacional, siempre y cuando los principales integrantes del sistema multilateral, destacadamente el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la OMC, actúen de manera conjunta, el primero

para impulsar nuevas reglas financieras y la segunda para adoptar medidas coercitivas en contra de las acciones proteccionistas. La reunión de Seúl determinó nuevas bases para ese nuevo ordenamiento global, entre las que destacan un manejo apropiado de las políticas cambiarias que no afecte el comercio internacional, políticas de desarrollo comercial, políticas fiscales, impuestos a los flujos de capital, así como reformas financieras y estructurales.

En Seúl se estableció que, de no generarse reformas a las instituciones financieras multilaterales, y de manera particular si no se emprende la renovación del FMI, la modernización del sector financiero no tendrá éxito y, por ende, el proteccionismo comercial se podría profundizar y la inversión internacional no fluiría a los ritmos de antaño. En este sentido, el Consenso de Seúl marcó la pauta para que el sistema financiero y comercial adoptara un nuevo esquema de regulación a los movimientos abruptos de capital y a la liberalización comercial. Sin duda, este nuevo consenso estableció las acciones para evitar la volatilidad de los mercados, como la adopción de impuestos a los flujos de capital de corto plazo para evitar la apreciación de las monedas; que los bancos también asuman riesgos; el establecimiento de medidas no ortodoxas por parte del FMI y nuevas sanciones a los países que implementen acciones neoproteccionistas.

II. La importancia de la desigualdad involucra diversas facetas que pueden analizarse a partir de múltiples dimensiones, con el predominio en todas ellas del grado de respuesta que exista desde el entorno nacional a los factores que nutren las desigualdades socioeconómicas en un mundo globalizado. El prisma de la desigualdad evidencia circunstancias variadas como consecuencia de las diversas dinámicas de los diferentes tipos de capitalismo (anglosajón, Estado de bienestar, capitalismo de Estado, nórdico, mediterráneo, etc.), lo que involucra una aproximación particular a las relaciones entre el Estado y el mercado, así como entre los sectores público y privado.

La desigualdad social abarca diferentes áreas, a partir de cuyo análisis se pretende mostrar los niveles de diferencia social entre los individuos, ya que arroja información sobre el grado de pertenencia de estos últimos a una clase o estatus social determinado. Estas áreas cubren un arco muy amplio, que incluye aspectos relacionados con el acceso a la educación, la salud y el trabajo; la libertad de expresión; los derechos de propiedad y a la defensa

jurídica, entre otros. El grado de calidad de estos elementos es fundamental para determinar el nivel de vida de las personas y las comunidades.

Las desigualdades son parte de un proceso de cambio que se propaga a través del tiempo (dimensión temporal), e involucran un grado de pertenencia local y nacional que se fortalece en los ámbitos regionales e internacional como resultado de la creciente interdependencia entre las diversas regiones del mundo. Esto último hace que, si bien las desigualdades tienen un sentido de pertenencia en lo nacional, exista una jerarquización de las mismas, que van de lo internacional a lo local. Contienen, asimismo, una dimensión transnacional que afecta al grado de percepción sobre la igualdad de derechos y oportunidades entre los individuos del planeta (principalmente en lo referente a la ciudadanía y la justicia social) que puede alimentar el conflicto social.

La desigualdad refleja las diferencias en los niveles de bienestar socioeconómico y de acceso a las oportunidades entre los individuos y grupos sociales a lo largo del tiempo, que impiden avanzar hacia una plena justicia social. Dichas diferencias nacen en el entorno local y se refuerzan —en magnitud e intensidad— más allá de los límites del Estado, como resultado de los lazos de interdependencia entre diferentes regiones del mundo. El análisis de la desigualdad adquiere relevancia por varios motivos, pero dos de ellos son muy importantes:

- a) A través de las leyes, los gobiernos serían potencialmente capaces de nivelar las oportunidades de los diferentes actores sociales —especialmente las de los más desfavorecidos—.
- b) Es una categoría teórica esencial, cuyo espectro cruza transversalmente las diversas disciplinas sociales.

Varios autores a lo largo de la historia del pensamiento han analizado este importante tema. Por ejemplo, Santo Tomás de Aquino y San Agustín, siendo este último el primero en sentar las bases de la teoría de la justicia; así como Martín Lutero, Thomas Hobbes, John Locke y Jean-Jacques Rousseau; Immanuel Kant, Alexis de Tocqueville, Karl Marx, Max Weber, John Rawls y Amartya Sen, etc. Entre las figuras que impulsaron el debate se encuentran Simon Kuznets (curva de Kuznets) y Milton Friedman (teoría moderna del capital humano).

Igualmente, también han surgido diversos índices que miden el crecimiento de la desigualdad. Entre ellos están:

1. Enfoque de la distribución funcional del ingreso.
2. La distribución personal del ingreso (especialmente las iniciativas de organismos como la National Bureau of Economic Research (NBER) y su vinculación con algunas universidades líderes en Estados Unidos.
3. Por último, en este contexto destacan Corrado Gini y Max Otto Lorenz.

En una etapa más reciente se sitúan dos tipos de aproximaciones al estudio de la desigualdad en un marco de impulso a la generación de bases de datos en los niveles micro y macro. Emergen diversas vías de estudio: destacan los análisis de la desigualdad interpersonal a nivel global; los estudios sobre la desigualdad y las instituciones, así como los que se refieren a la desigualdad y la acción colectiva global. Fuera de las teorías convencionales es imprescindible conocer las visiones del estructuralismo y de la corriente estructuralista dentro de la teoría de la dependencia, además de las teorías del crecimiento y el desarrollo regional (especialmente la teoría del desarrollo regional divergente).

Dado el carácter multidimensional de las desigualdades, se distinguen al menos cinco tipos:

- i)* Política, cívica y asimetría ante la ley.
- ii)* De resultados.
- iii)* De oportunidades.
- iv)* De trato.
- v)* De acceso.

Existen diferentes medidas de la desigualdad. Tres de las más utilizadas son la curva de Lorenz, el coeficiente de Gini y el índice de Theil. Asimismo, otros dos indicadores cobran importancia en los tiempos recientes: el índice de desarrollo humano ajustado por desigualdad (IDH-D), elaborado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), y el índice de oportunidad humana (IOH), desarrollado por el Banco Mundial. Esta última es la desigualdad más estudiada (con el indicador más utilizado e implementado) y se refiere a la forma en que se distribuye la renta total de

un país (o un conjunto de países) entre sus habitantes. Cuatro argumentos centrales son:

- a) Su vínculo con la pobreza: una vez que la distribución de la renta es altamente desigual —a cualquier nivel de ingresos—, un mayor número de personas se ubicará en situación de pobreza.
- b) Su impacto en el crecimiento económico, que dependerá entre otros factores de las etapas de desarrollo de cada sociedad.
- c) La influencia en el desarrollo humano, que se deriva de la igualdad de oportunidades.
- d) Permite la creación y fortalecimiento de la ciudadanía y la cohesión social.

El aumento de la desigualdad se ha atribuido a una serie de factores:

- a) La globalización y la liberalización de los mercados de factores productivos y de productos.
- b) El cambio tecnológico sesgado.
- c) El aumento de la mano de obra forzada en la participación de los trabajadores poco calificados.
- d) La apertura de mercados sin una competitividad de la industria nacional.

La desigualdad económica se puede abordar desde diferentes perspectivas. Por ejemplo, la de ingresos puede persistir a través de generaciones, lo que refleja las diferencias en las oportunidades para el desarrollo económico. Las escasas oportunidades para el aumento de los ingresos pueden reflejar una serie de factores, incluyendo la falta de acceso a la educación así como a determinadas profesiones u oportunidades de negocio. Esta inaccesibilidad la refuerzan, a su vez, los bajos ingresos. Por lo tanto, la alta desigualdad en los ingresos es a la vez un síntoma y una causa de la movilidad económica baja, mientras que los antecedentes familiares son un factor clave para determinar los resultados en la etapa adulta de las generaciones más jóvenes. Cada abordaje del tema puede proporcionar una visión de la naturaleza, las causas y consecuencias de la desigualdad económica:

1. *Desigualdad de ingresos*: se centra en la distribución interpersonal de la renta, en donde se observa cómo los ingresos individuales o

domésticos son distribuidos entre toda la población en un momento en el tiempo.

2. *Desigualdad de la riqueza*: la atención se centra en la distribución de la riqueza entre los individuos y los hogares, lo que refleja las diferencias en el ahorro, así como los legados y las herencias.
3. *Desigualdad de vida*: se centra en la medición de la desigualdad en los ingresos o ganancias de una persona durante toda su vida, en lugar de para un solo año.
4. *Desigualdad de oportunidades*: se centra en la relación entre la desigualdad de ingresos y la movilidad social, en particular en el grado de la movilidad entre los grupos de ingresos a través de las generaciones.

La desigualdad de toda la vida es generalmente más baja que la que se produce en un año determinado. Esto ocurre por dos razones: en primer lugar, en muchas economías los individuos experimentan fluctuaciones significativas en los ingresos de cada año. Debido a lo anterior, un individuo que tiene relativamente altos ingresos en un año no necesariamente los tiene durante todo su tiempo de vida, en relación con sus compañeros de la misma edad. Los ingresos de toda la vida también tienden a ser menos desiguales debido a las diversas etapas del ciclo de ingresos, que afecta a toda la población: los estipendios tienden a ser más bajos en los años al principio del trabajo y son más altos en la edad madura de la persona, antes de descender de nuevo.

Sin duda, las desigualdades como una condición que mantiene las diferencias en los niveles del bienestar y en las oportunidades a que pudieran acceder los individuos y los grupos sociales se explican, primeramente, por una vertiente nacional que encuentra su complemento en lo internacional, y que se refuerza a partir de la dinámica de las interdependencias transnacionales. Las desigualdades tienen fuertes implicaciones sobre el desarrollo humano y la sostenibilidad global.

III. El comercio internacional, el gran mantra de la globalización, se encuentra en medio de un colapso sin apenas referencias, pero con un precedente: la Gran Depresión. Entre 1998 y 2008, con el PIB mundial que avanzaba a una velocidad de crucero del 3 por ciento, el comercio se expandía a casi un

6 por ciento. Ahora puede desplomarse diez veces más rápido que el PIB a juzgar por las últimas estimaciones.

El volumen del crecimiento de las mercancías presentaba para el 2000 un ascenso un poco mayor al 12 por ciento, frente al gran desplome que se presentó para 2001, con resultados marcados del -4 por ciento, lo que significó una pérdida total en el intercambio de bienes y productos de un poco más del 16 por ciento. Posteriormente, se reactivó un crecimiento paulatino, y para 2007 se manifestó una caída total de aproximadamente el 8.4 por ciento. El volumen del comercio de mercancías (con exclusión de las fluctuaciones de los precios y tipos de cambio) creció un 2 por ciento en 2008, frente al 6 por ciento de 2007.

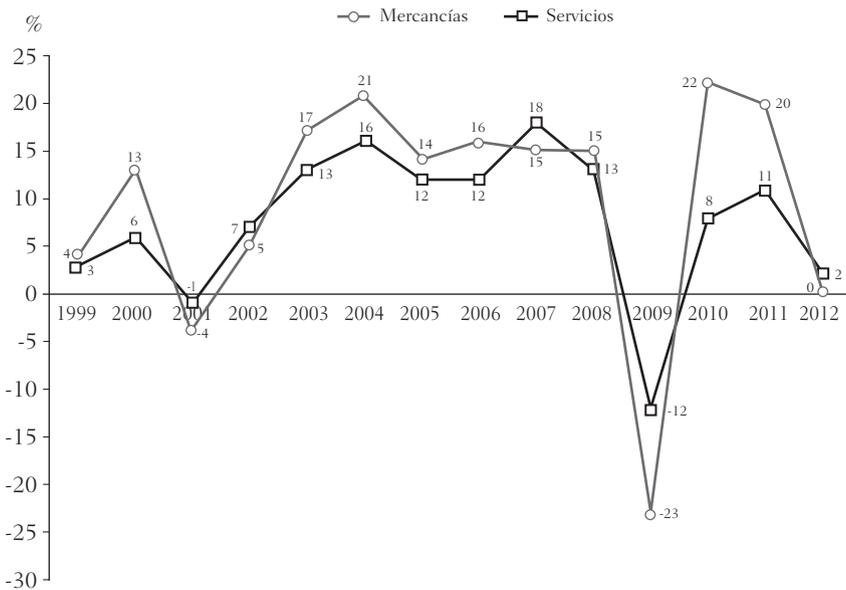
En 2008, la economía mundial tuvo una profunda recesión que arrastró consigo al comercio internacional, el cual registró su mayor contracción después de la segunda guerra mundial. El desastre afectó principalmente a los países más dependientes del exterior y la escasez de créditos, derivada de la crisis del sistema financiero, en conjunto con un incipiente incremento del proteccionismo en muchas naciones, redujeron el tamaño del comercio internacional en casi un 10 por ciento en 2009, por lo que las exportaciones se convirtieron en una actividad sumamente compleja, ya que las repercusiones de la crisis económica en el crecimiento fueron muy negativas. Para enfrentar la competencia externa, diversos gobiernos nacionales adoptaron medidas restrictivas y proteccionistas con la finalidad de impulsar su demanda interna. De hecho, en 2009 el comercio creció menos que el PIB, con resultados generales de menos del 12 por ciento.

Por su parte, el volumen de crecimiento del sector de los servicios para el año 2000 fue de un 5 por ciento, en contraste con lo que aconteció el año siguiente, con el desplome de alrededor de -1 por ciento de 2001, contabilizándose una pérdida total en el comercio de mercancías del -3.5 por ciento. Posteriormente, se presentó una mejoría paulatina, aunque con ligeras caídas en el volumen de los servicios para 2005 y 2006, pero obteniéndose un considerable crecimiento del 10 por ciento para 2007, mientras que para el año posterior, el primero de la recesión mundial, la caída total fue aproximadamente del 8.4 por ciento y para 2009 el desplome fue del orden del -10 por ciento.¹

¹ Toda esta información se obtuvo de los reportes anuales de la OMC de 2001 a 2010.

El crecimiento económico mundial, medido en función de la producción total o del PIB, se desaceleró bruscamente en 2008 y a principios de 2009 en el contexto de la peor crisis financiera acaecida hasta entonces desde los años treinta del pasado siglo. El debilitamiento de la demanda en las economías desarrolladas, ocasionado por la caída de los precios de los activos y por la mayor incertidumbre económica, contribuyó a reducir el crecimiento de la producción mundial del 3.5 por ciento en 2007 al 1.7 por ciento en 2008. De hecho, este último fue el más lento desde 2001 y muy inferior al promedio decenal del 2.9 por ciento. Tanto las exportaciones de mercancías como las de servicios comerciales disminuyeron drásticamente en 2008 y 2009, en comparación con el año anterior (gráfica 1).

GRÁFICA 1
CRECIMIENTO DE LAS EXPORTACIONES
DE MERCANCÍAS Y SERVICIOS, 1999-2012



FUENTE: Elaboración propia con datos obtenidos de los reportes anuales de la OMC, de 2001 a 2013.

Esta caída del comercio internacional fue resultado de la profunda recesión por la que atravesó la economía mundial a raíz del colapso del mercado estadounidense, que afectó a su vez la demanda y la oferta en las naciones

importadoras y exportadoras de mercancías y, por ende, provocó una fuerte reducción en los ingresos monetarios de sus poblaciones, ya que su producción, utilidades, gastos y consumo se vieron menguados como producto de la contracción en el volumen del comercio mundial en un 9 por ciento en 2009 respecto de 2008. Por ejemplo, las exportaciones cayeron en torno al 20 por ciento en Francia y Alemania, los países más volcados hacia el exterior en Europa. También se desplomaron en las llamadas fábricas del mundo. En China tuvieron un retroceso del 25 por ciento, mientras que en India las ventas al resto del planeta se comportaron con un ritmo muy similar. En Japón, el descenso rozó la catastrófica cifra del 50 por ciento.

La profunda crisis de 2008-2009 tuvo lecturas interesantes: los países con mayores superávits comerciales —Alemania, China o Japón— empezaron a ser más conscientes de que, cada vez en mayor medida, tendrían que gastar para salir de la recesión, porque la recuperación no iba a llegar por la vía de las exportaciones, como en otras ocasiones. La reunión del G20 en Londres de 2009 otorgó al comercio un papel clave en la recuperación, con una inyección de 250 000 000 000 de dólares para reactivar los intercambios comerciales. Además, emitió una clara advertencia en contra de las tentaciones proteccionistas, que choca contra iniciativas como el *Buy American* de la actual administración estadounidense, los subsidios al sector automotriz en Alemania, o a otras ramas de la economía en Francia y España y, en definitiva, en contra de todas y cada una de las cuarenta y siete medidas proteccionistas aprobadas por los gobiernos del G20 en los últimos meses de 2008 y denunciadas por el Banco Mundial antes de la Cumbre de Londres.

Esta crisis, que afectó la demanda global, entre otras cuestiones provocó que exportar fuera, en los tiempos de la globalización, como se ha mencionado, una operación cada día más complicada, razón por la cual países como China, que tienen un superávit comercial amplio, recurren a la demanda interna para soportar el crecimiento de su economía que, a su vez, reduce sus compras del exterior, lo que afecta a los Estados de los que importaba bienes y servicios, reflejándose en la pérdida de los empleos que en esas latitudes dependían de la venta de las mercancías que solían colocar en el mercado chino.

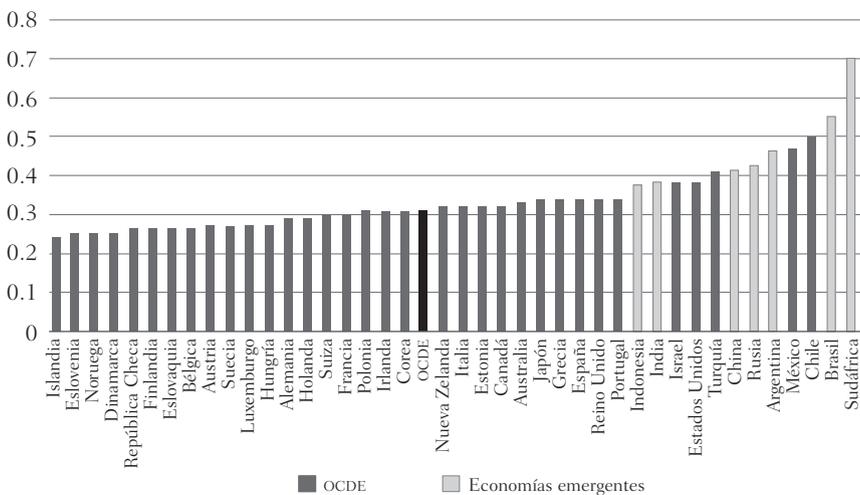
La demanda agregada que todavía hoy es previsible que requerirá el mercado interno chino en el futuro necesariamente generará un desequilibrio, ya que la compraventa nacional no tiene el mismo comportamiento que las actividades orientadas a la exportación; por ende, la contracción de

los mercados foráneos tenderá a frenar el cambio estructural del crecimiento endógeno.

IV. La desigualdad de la riqueza ha aumentado en las últimas décadas en varias economías avanzadas. Por ejemplo, entre mediados de 1980 y principios de 2000, el crecimiento de la riqueza en Canadá y Suecia estuvo completamente concentrado en los dos deciles superiores de la población. Durante el mismo periodo, los coeficientes de Gini de distribución de la riqueza en Finlandia e Italia aumentaron del 0.55 al 0.6 por ciento aproximadamente. De hecho, a partir de la crisis de 2008 la desigualdad social se ha acentuado en prácticamente todo el mundo.

En efecto, entre 1990 y 2010 el coeficiente de Gini aumentó en casi todas las naciones que forman parte de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). Más de un tercio de las economías avanzadas y la mitad de los países emergentes de Europa experimentaron aumentos en este indicador superiores a tres puntos porcentuales. Así, la desigualdad de ingresos ha aumentado, y sigue haciéndolo, tanto en las economías avanzadas como en las que están en vías de desarrollo en los últimos años (gráfica 2).

GRÁFICA 2
DESIGUALDAD DE INGRESOS
Coeficiente de Gini



FUENTE: Elaboración propia, con base en datos de la OCDE (2014).

También en Estados Unidos la brecha de la desigualdad se manifestó de diversas maneras; por ejemplo, la recesión económica de 2008-2009 disparó el número de menores de dieciocho años que viven bajo el umbral de la pobreza, desplazando al país por detrás de la mayoría de las naciones ricas en este indicador. El 21 por ciento de los menores de edad estadounidenses se encontraron en esa situación, según la OCDE, un porcentaje superior a los de Turquía, Rumanía, México e Israel. Todavía más: en la Unión Americana más de la mitad de los hijos de mujeres menores de treinta años son hijos de madres solteras, lo que aumenta sus probabilidades de vivir en la pobreza, dado que un tercio de las familias lideradas por una madre soltera se encuentra en esa situación. La desigualdad también se mide con el porcentaje de ciudadanos que viven en condición de pobreza, que en el caso de la principal nación de Norteamérica equivale nada menos que al 15 por ciento de la población. Esta proporción aumenta significativamente cuando se trata de minorías, con el 25 por ciento en el caso de los hispanos y el 27 por ciento en el de los afroamericanos.

En el discurso sobre el estado de la Unión que pronunció Obama el 20 de enero de 2014 aseguraba que “la desigualdad es el mayor desafío de nuestro tiempo”. Lo hizo medio siglo después de que el presidente Lyndon B. Johnson declarara que a pesar del progreso alcanzado en la “guerra contra la pobreza”, las dificultades económicas por las que atraviesa gran parte de los ciudadanos estadounidenses amenazan la salida definitiva de la recesión.

En este mismo tenor, la desigualdad de igual forma aumentó en la mayoría de las economías de Asia, el Pacífico, Oriente Medio y el norte de África. Si bien la desigualdad promedio se redujo en África subsahariana durante este periodo, todavía se incrementó en más de tres puntos porcentuales en más de una cuarta parte de esas economías. También aumentó en más de una tercera parte de las naciones de América Latina, aunque en promedio sí hubo un ligero descenso. Por ejemplo, entre 1990 y 2010 la desigualdad promedio en cada región cambió en menos de 3.25 puntos porcentuales. Por el contrario, en las dos regiones más desiguales (África subsahariana y América Latina) el cambio se mantuvo en 12 puntos porcentuales, por encima de otras dos clasificaciones con similares problemas en la materia (países emergentes de Europa y economías avanzadas).

V. La extrema movilidad de las personas como consecuencia de la globalización implica, asimismo, una aguda competencia que reduce drásticamente, como hemos mencionado, las capacidades ejecutivas y operacionales de los gobiernos en muchos ámbitos. El resultado es una carrera hacia abajo en muchos aspectos, desde en las condiciones del trabajo hasta en las políticas impositivas y la eficacia recaudatoria en materia fiscal, lo cual por supuesto incide en la desigualdad debido al menor peso en la renta nacional de los asalariados y a las mayores dificultades de la administración pública para sostener el Estado de bienestar. Repetimos: así nace la desigualdad del siglo XXI.

Una gran proporción de las diferencias en las desigualdades de ingreso observadas en los promedios regionales puede explicarse por las diversas medidas de las políticas fiscales, especialmente en los niveles y en la composición de los impuestos y el gasto. La riqueza se reparte de manera aún más desigual que el ingreso. Por ejemplo, en Suiza y Estados Unidos es donde la riqueza se distribuye de forma más desigual, pues tan sólo el 1 por ciento de la población es dueño de más de un tercio de la riqueza total de los hogares.

Al respecto, el Fondo Monetario Internacional (2014), en el documento *Fiscal Policy and Income Inequality*, señala que la creciente desigualdad observada en los últimos años ha agudizado la presión para usar la política fiscal como herramienta de redistribución del ingreso. Aunque al final de cuentas a cada gobierno nacional le toca decidir cuánta redistribución debe realizar el Estado, la concepción de las políticas mismas ejerce una influencia crítica en los efectos que tendrán en la eficiencia y el crecimiento.

En el mundo entero, los países han recurrido a distintos tipos de políticas redistributivas para hacer frente a la desigualdad. El FMI expresa que las economías avanzadas, en promedio, han logrado reducir la desigualdad en aproximadamente una tercera parte gracias a una combinación de transferencias sociales (por ejemplo, seguro de desempleo y prestaciones de jubilación) e impuestos redistributivos (por ejemplo, impuestos progresivos sobre la renta). Otras prestaciones, como el gasto público en salud, educación y vivienda, ayudan a reducir aún más la desigualdad.

En las naciones en vías de desarrollo la política fiscal ha desempeñado un papel más modesto. Los ingresos tributarios son menores (como proporción del producto nacional) en las economías en desarrollo, con la excepción de las economías emergentes de Europa. En términos de la composición de la fiscalización, los impuestos al consumo representan una proporción mucho

mayor y tienden a ser menos redistributivos que los impuestos sobre la renta. Análogamente, del lado del gasto, el redistributivo —particularmente en protección social— es mucho menor que en las economías avanzadas. En los países en desarrollo una proporción mayor del gasto social beneficia a los grupos de ingresos más altos. Con la excepción, como hemos dicho, de las llamadas economías emergentes de Europa, el 40 por ciento más pobre de la población se beneficia con menos del 20 por ciento del gasto en protección social. La cobertura de las prestaciones sociales en términos del porcentaje de los hogares pobres que las reciben también es baja, excepto en las economías emergentes de Europa y América Latina. La situación es parecida en lo que concierne al gasto en educación y salud. En muchas economías en desarrollo, el 40 por ciento más pobre recibe menos del 40 por ciento del total de las prestaciones. Esto se debe a que los pobres suelen carecer de acceso a estos servicios, lo cual contribuye a la desigualdad de oportunidades y atenta contra la movilidad intergeneracional.

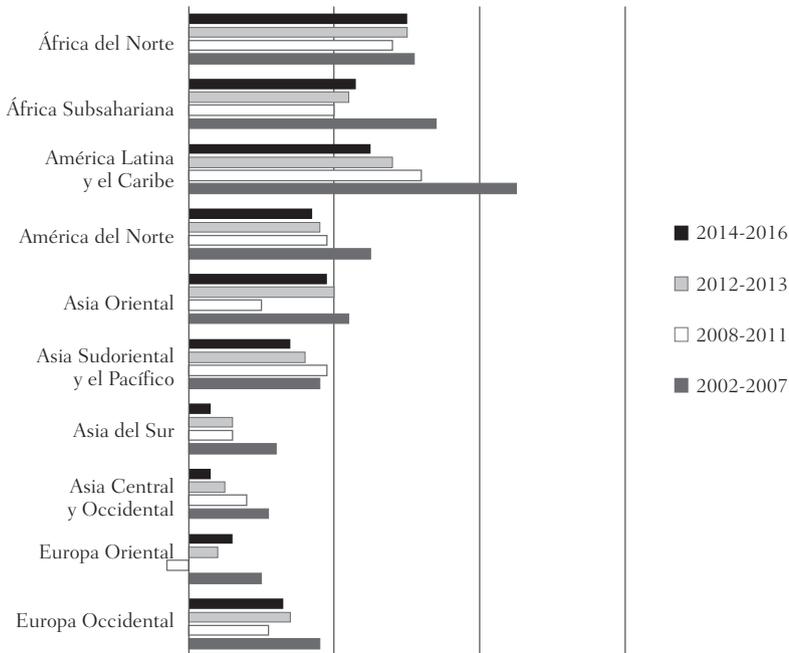
A este análisis habrá que añadir el efecto de los recortes en el gasto social (más intensos a partir de 2011), el incremento de los impuestos indirectos y el establecimiento de copagos, medidas que han impactado también en mayor proporción sobre las rentas bajas. España e Italia son los dos países donde la crisis ha repercutido de forma más desigual. No obstante, mientras las rentas de los italianos más pudientes presentan una erosión similar a las de los españoles del mismo nivel, las de los pobres han caído mucho menos: un 4 por ciento en Italia frente al 14 por ciento de España. Pese a sufrir la crisis con la misma contundencia, España tiene factores adicionales que agravan las consecuencias sociales. El mayor nivel de desempleo es el principal, pero no el único. Se trata de un país con un alto porcentaje de desempleo de larga duración, y en el cual la insuficiencia de las prestaciones sociales contribuye sin duda a agravar los efectos.

Un análisis ortodoxo sostendría que se trata de desajustes del mercado que pueden corregirse por la vía de la generación de incentivos institucionales para una adecuada redistribución del ingreso.

VI. Los efectos de esta crisis sistémica global (financiera, comercial, industrial) en la demanda externa global se reflejan, según la OIT (2014), en el aumento de doscientos millones de nuevos desempleados, por lo que tiende

a debilitarse la cohesión social, ya que el gasto monetario se restringe, puesto que novecientos millones de trabajadores viven con sus familias con ingresos inferiores al umbral de los dos dólares diarios. Esto no es un problema menor con una solución expedita, ya que en los próximos diez años se requerirán alrededor de seiscientos millones de nuevos empleos, algo que ante el débil crecimiento de la economía mundial dista mucho de tener pronósticos halagüeños, con la mano de obra de los países subdesarrollados como la potencialmente más afectada.

GRÁFICA 3
CRECIMIENTO REAL ANUAL PROMEDIO DEL EMPLEO JUVENIL
POR REGIONES DE LA ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO



FUENTE: Elaboración propia con base en la OIT (2016).

La tasa de desempleo mundial tenderá a aumentar en los próximos años, e incluso el número de desempleados a nivel global podría llegar a cantidades sin precedentes y potencialmente disruptivas para la estabilidad internacional, ya que la desaceleración económica tiende a afianzarse cada vez

más. Sin duda, la población más afectada por la crisis son los jóvenes en las edades comprendidas entre los quince y los veinticuatro años; de ellos, por ejemplo en 2011, 74 800 000 estaban desempleados. Por cierto, la tasa de desempleo juvenil mundial en 2012 era del 12.7 por ciento. Se estima, asimismo, que alrededor de 6 400 000 de jóvenes han perdido las esperanzas de encontrar trabajo (gráfica 3).

Una consecuencia inmediata de las crisis económicas globales consiste en que cuando la economía mundial tiende a desacelerarse la convergencia de los niveles de vida entre los países se amplía. Es decir, la productividad de la mano de obra entre los países industrializados y los que están en desarrollo muestra signos diferenciales, ya que al caer la actividad industrial el trabajador medio de un país en desarrollo produce menos de una quinta parte de lo que consigue realizar el operario equivalente de una nación industrializada. Esto representa una dura realidad: actualmente, uno de cada tres miembros de la fuerza de trabajo mundial está desempleado o es pobre, ya que de una capacidad laboral total estimada en tres mil trescientos millones de integrantes, doscientos millones están desempleados y otros novecientos millones viven con sus familias con ingresos inferiores al umbral de pobreza de los dos dólares.

La radiografía de la desigualdad debe llevarnos a una reflexión urgente sobre el modelo de sociedad que está dejándonos la crisis. Tan importante es salir de ésta como preservar los estándares de cohesión social que garanticen su progreso y la igualdad de oportunidades, ya que a largo plazo la desigualdad socioeconómica merma las posibilidades de desarrollo económico de un determinado país. A partir de ciertos niveles, la brecha social aparece también como uno de los más serios obstáculos para la propia recuperación económica.

VII. Esta nueva pobreza tiende a debilitar a la democracia y a profundizar la fractura social, con el consiguiente incremento de la desigualdad y el afianzamiento de las elites, autoexcluidas de este grave problema social, impulsado por la caída de la producción mundial, todo lo cual pone en riesgo, a su vez, a la gobernabilidad, por lo que tiende a aumentar el déficit democrático y se debilitan las libertades y el Estado de derecho.

Todo lo anterior es el resultado del aumento de la desigualdad, de la indiferencia y de la defensa de los privilegios, ya que a los desempleados, como

se ha visto, no solamente se los excluye del mercado, sino que también sus derechos sociales se colocan en un profundo riesgo, pues no gozan de la seguridad social que les brindaría un empleo formal, mientras que el Estado se orienta cada vez más a reducir el gasto en la sociedad, lo que sin duda ocasiona una creciente inestabilidad donde conviven la extrema riqueza y la pobreza extrema.

Entre más se amplíe la brecha entre riqueza y pobreza, como se mencionó al principio del capítulo, corre mayor peligro la democracia, puesto que las instituciones se debilitarán como resultado de que las controlarán los segmentos poblacionales y grupos que concentran los mayores ingresos con el objetivo principal de fortalecer la seguridad de sus privilegios y posesiones.

Una de las principales conclusiones de este panorama consiste en comprender que, así como la caída de la producción mundial creó la ampliación explosiva de la pobreza global, también provocó que se expandieran las fortunas de este conjunto de privilegiados por el consumo mundial. Es por ello que una de las consecuencias de la desigualdad ha sido el fortalecimiento de una elite económica cuyos privilegios aumentaron exponencialmente a costa del bienestar social de millones de desempleados.

Ahora bien, la recesión mundial también mina la estabilidad social y, por ende, provoca que el sistema político democrático corra un enorme riesgo por otras razones, ya que ese otro enorme conjunto de población que también se crea, el de los excluidos del mercado, buscará que el Estado privilegie sus intereses mediante políticas que redistribuyan la riqueza; así, el antagonismo de ambos grupos amenazaré la seguridad de las naciones dondequiera que se presente. Claro está que lo más probable es que sea esa minoría, la que tiene el mayor poder, la que en definitiva consiga manejar los hilos del Estado para su beneficio.

En este sentido, otra de las consecuencias de la concentración de la riqueza será la representación política inequitativa, ya que apuntalará en los órganos del Estado a sus palafreneros para que formulen políticas gubernamentales y leyes que favorezcan a los más ricos a costa de las mayorías, que integran los más pobres. El resultado más preocupante es la erosión de la gobernanza democrática, la destrucción de la cohesión social y la desaparición de las oportunidades; paradójicamente, la globalización elimina las libertades económicas y sociales de todos esos individuos excluidos del mercado que perdieron su poder adquisitivo a costa del enriquecimiento global de unos cuantos.

Los gobiernos que rescataron de la quiebra a las empresas de esa oligarquía global, que lo hicieron con los impuestos de esos trabajadores hoy desempleados, ahora crean leyes para expandir la inversión de esa minoría empoderada por la globalización, esto es, gobiernan en favor de los intereses de ese capital voraz. Si bien mediante reformas estructurales los gobernantes tratan de fomentar la competencia económica al eliminar algunos privilegios de los grupos locales, con ello también dan lugar al surgimiento de un monopolio de oportunidades, ya que los más ricos entre los ricos presionarán para que les reduzcan los impuestos y para que se comprima el gasto en la seguridad social, con la finalidad de destinar ese dinero a subsidiar a las empresas de los privilegiados y a aumentar así las tasas de ganancia de los negocios de esa elite excluida de las oportunidades perdidas, al tiempo que se margina a los pobres de la prosperidad social.

Estamos frente a lo que Bernardo Kliksberg denomina “la explosión de las desigualdades”. Kliksberg (2014) señala que a pesar de que 2013 fue un año mediocre para la economía planetaria, los trescientos individuos más ricos del mundo incrementaron sus fortunas, en conjunto, en 524 000 000 000 de dólares, un promedio aproximado de 1 700 000 000 por cada uno. La pregunta obligada es: ¿qué es lo que permite que los más ricos continúen acumulando, mientras que los sectores de ingresos medios y bajos pierden año con año capacidades para acceder a la garantía de sus derechos por un acelerado proceso de deterioro en la calidad de los servicios públicos, pero también debido a la constante precarización de los empleos?

Junto con lo anterior, la riqueza de las elites se retroalimenta, lo que ocasiona que dichos grupos privilegiados consigan perpetuarse; es lo que los economistas Alan Krueger y Miles Corak llaman “la curva del Gran Gatsby”, una curva que pone de manifiesto que la alta desigualdad de la renta está correlacionada con una baja movilidad social e intergeneracional, una evidencia más de que no es suficiente corregir los resultados del mercado, sino que es preciso modificar también su funcionamiento.

VIII. A diez años de la crisis iniciada en 2008, diversos países aún tienen problemas de crecimiento, reflejándose en enormes tasas de desempleo, por lo que los ingresos de sus poblaciones son paupérrimos, ya que el gasto monetario es menor en relación con el que se tenía antes del año en que iniciara

la caída de la producción mundial. Los gobiernos, para amortiguar la reducción de ingresos, han implementado una nueva carga impositiva a través del aumento de impuestos y también han reducido el gasto social, lo que impacta sobre todo en los grupos más vulnerables. El impacto de la crisis de 2008 no sólo afectó al sistema financiero y a la producción industrial, sino que también golpeó con gran fuerza al sistema social, y mientras que en los dos primeros casos hubo rescate con recursos públicos y subsidios para las empresas manufactureras, en el tercero lo que se dio fueron los recortes presupuestales a la seguridad social.

Las perspectivas financieras e industriales tienden a mejorar de manera paulatina, pero el horizonte laboral no es nada halagüeño; por el contrario, los ingresos y las condiciones de vida de la gente son misérrimos. La OCDE, en su estudio *Society at Glance 2014*, señala que unos cuarenta y ocho millones de personas en los países que la integran buscaban empleo en ese año, mientras que quince millones más que en septiembre de 2007 atravesaban por enormes problemas financieros. La cantidad de personas que viven en hogares sin ningún ingreso laboral se ha multiplicado en Grecia, España, Irlanda, Italia, Portugal y Alemania, entre otros.

Este problema ha provocado que disminuya la confianza en las instituciones de Estado, ya que su futuro de bienestar cada vez más se hunde en el túnel de la incertidumbre, en tanto que los gobiernos subsidian cada día en mayor medida a las empresas globales. Las familias que aún tienen un ingreso laboral han recortado su gasto monetario (salud, vivienda, alimentación, educación, recreación), lo que pone en riesgo su bienestar. Los recortes a las transferencias sociales menguan crecientemente la calidad de vida de esa población, que antes participaba en las cadenas de producción globales.

En diversos países, la crisis de 2008-2009 provocó una reingeniería en las políticas públicas dirigidas a la seguridad social, las cuales cambiaron de orientación, ya que el Estado de bienestar ha modificado significativamente su quehacer. Ya no asume toda la carga del gasto social en torno a salud, educación, jubilación y vivienda, sino que ahora los nuevos esquemas están orientados a la participación de la iniciativa privada. De igual forma, se han creado o profundizado instrumentos asistencialistas como el seguro de desempleo o el seguro médico, pero el Estado ya no asume por completo el sistema de seguridad social.

La crisis de la producción mundial de 2008-2009 demostró lo endeble que es la globalización y que su regeneración sólo es posible por los rescates

que realizan los gobiernos a través de incentivos que obtienen mediante el aumento del déficit público, que después cubren con la elevación de impuestos a la gran masa que recibe salarios paupérrimos y con el recorte al gasto social (educación, vivienda, salud, cultura). Es decir, se socializa la pérdida económica que tuvo la elite, cuyas empresas ahora están beneficiándose nada menos que de la desigualdad generada por el proceso globalizador.

La bancarrota de Lehman Brothers y la venta forzada de Merrill Lynch muestran la inmersión en la globalización de los actores locales con gran influencia en la economía mundial, así como las grandes consecuencias de ese comercio internacional tejido por redes de interacción y flujos monetarios y de capitales liderados por esos grandes grupos transnacionales que se han apoderado de la globalización.

Sin duda, la nueva desigualdad ocasionará que sea más lenta tanto la posible recuperación económica como la reducción de la brecha social, al tiempo que no dejará de aumentar la riqueza de esa elite económica excluida de las pérdidas generadas por la voracidad de sus tasas de ganancia y cuyas empresas comerciales, financieras, bursátiles, de servicios y manufactureras se rescataron con dinero que dejaron de percibir los millones de desempleados a raíz de la reducción del gasto monetario, el recorte salarial, la pérdida del Estado de bienestar y el pago de nuevos impuestos.

Con ese ahorro generado por el recorte en el gasto social y con el dinero recaudado a través de los nuevos impuestos, los gobiernos obtienen ingresos para cubrir el déficit público generado por el subsidio que brindan a esa oligarquía global, que previamente rescataron y que ahora excluyen sin cuestionamientos de los costos provocados por sus quiebras.

En el otro extremo, esos millones de nuevos pobres que la crisis económica y financiera de 2008-2009 generó son ahora casi completamente marginados de la prosperidad social de la que sí goza la elite privilegiada.

Fuentes

FONDO MONETARIO INTERNACIONAL (FMI)

2014 *Fiscal Policy and Income Inequality*. Washington D. C.: International Monetary Fund (IMF Policy Papers).

KLIKSBERG, BERNARDO

2014 “La explosión de las desigualdades”, *La línea de fuego. Revista digital*, en <<https://lalineadefuego.info/2014/01/08/la-explasion-de-las-desigualdades-por-bernardo-kliksberg/>>, consultada en enero de 2017.

ORGANIZACIÓN PARA LA COOPERACIÓN Y EL DESARROLLO ECONÓMICOS (OCDE)

2014 *Society at Glance 2014*, en <<https://www.oecd.org/els/societyataglance.htm>>, consultada en febrero de 2016.

ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO (OIT)

2016 “Modelos econométricos de tendencias”, en *Perspectivas sociales y del empleo en el mundo*. Ginebra: Organización de las Naciones Unidas/Organización Internacional del Trabajo.

2014 *Global Employment Trends 2014 (Risks of Jobless Recovery)*. Nueva York: Organización de las Naciones Unidas/Organización Internacional del Trabajo.

ORGANIZACIÓN MUNDIAL DEL COMERCIO (OMC)

2001- *Informes anuales sobre el comercio mundial*. Ginebra: Organización Mundial del Comercio.